

IMPERIALISMOS E IBERISMOS EN ESPAÑA: PERSPECTIVAS REGENERADORAS FRENTE A LA GRAN GUERRA

MAXIMILIANO FUENTES CODERA *

Universitat de Girona
maximiliano.fuentes@udg.edu

(Recepción: 12/05/2014; Revisión: 08/09/2014; Aceptación: 09/12/2014; Publicación: 18/05/2015)

1. INTRODUCCIÓN.-2. ALIADÓFILOS Y GERMANÓFILOS: LA LUCHA POR LA NACIÓN EN ESPAÑA.-3. IMPERIALISMOS E IBERISMOS GERMANÓFILOS.-4. IBERISMOS ALIADÓFILOS.-5. CONCLUSIONES.-6. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

Desde una perspectiva comparada, el objetivo general de este texto es analizar en qué medida propuestas nacionalmente regeneradoras como el iberismo y el imperialismo se vieron afectadas por el impacto de la Primera Guerra Mundial en España. En este marco, se estudia especialmente el iberismo como horizonte nacional en un contexto dinámico, fuertemente condicionado por el desarrollo del conflicto y las posiciones asumidas por Portugal, el devenir de la política interna y los acalorados debates que tuvieron lugar en España. Se propone, asimismo, una mirada sobre los puntos de contacto existentes entre los diversos planteamientos aliadófilos y germanófilos respecto a estas cuestiones para observar un terreno compartido entre ambos sectores. En definitiva, se trata de analizar el caso de la neutralidad española en el marco de la renovación de los discursos nacionales que tuvieron lugar en Europa durante la guerra.

Palabras clave: Primera Guerra Mundial; iberismo; imperialismo; nacionalismo; España; Portugal.

* El autor desea agradecer los comentarios del profesor Xosé Manoel Núñez Seixas a una versión preliminar de este trabajo.

IMPERIALISMS AND IBERISMS IN SPAIN: REGENERATIVE PERSPECTIVES IN THE GREAT WAR

ABSTRACT

From a comparative perspective, the overall objective of this paper is to analyse how nationally regenerative proposals as *iberism* and imperialism were affected by the impact of the First World War in Spain. Within this framework, it especially studies the *iberism* as national horizon in a dynamic context, strongly conditioned by the development of the conflict and the positions assumed by Portugal, the evolution of domestic politics and the heated debates that took place in Spain. It also takes a look at the contact points between the various approaches of Aliadophiles and Germanophiles on these issues to observe a shared field between the two groups. To sum up, the main objective of the paper is to analyze the Spanish neutrality within the general framework of the renewal of the nationalist discourses that were developed in Europe during the war.

Key words: First World War; iberism; imperialism; nationalism; Spain; Portugal.

* * *

1. INTRODUCCIÓN

Durante el primer tercio del siglo XX los sistemas liberales de Portugal y España atravesaron un complejo proceso que, como es conocido, acabó desembocando en la implantación de dictaduras. En ambos países, las crisis coloniales dieron inicio a un desarrollo que presentó elementos comunes. Sin embargo, 1890 y 1898 difirieron en su resolución –Portugal salió con un reconocimiento como imperio colonial en África; España perdió el suyo– y en sus repercusiones. Mientras que en Portugal el régimen resultó profundamente desestabilizado, en España el impacto de los grandes debates sobre la decadencia nacional que se multiplicaron desde entonces fueron absorbidos sin importantes consecuencias por el sistema restauracionista. Las percepciones sobre las oportunidades o los peligros de una guerra también fueron notables: mientras que en Portugal la experiencia republicana de 1910 pretendió asegurar su continuidad a través de la entrada en el conflicto iniciado en 1914, la Segunda República española pretendió hacerlo desde unas reivindicaciones pacifistas que se expresaron en el artículo 7 de la Constitución (1).

Amenazada en los últimos años por el desplome de la alianza con Inglaterra que había abierto las puertas al desastre colonial y a las expectativas iberistas de Madrid, frente a la Gran Guerra Portugal buscó conjurar en la intervención

(1) DE LA TORRE GÓMEZ (2000).

las latentes posibilidades de marginación del escenario imperialista. Los argumentos belicistas se nutrieron de una importante literatura relacionada con la ecuación decadencia-regeneración, tan presente en España y en muchos otros países europeos y americanos. La guerra apareció como una lucha entre dos modelos de cultura y civilización: el «oscurantismo», la razón de la fuerza, la «barbarie» y el «imperialismo» germánicos, y la defensa del «derecho», el «progreso», la «libertad» y el orden internacional expresado por los aliados. La propaganda se confundió con la propia esencia del régimen republicano y se enlazó con una tradición de regeneracionismo democrático proveniente del siglo anterior. La intervención militar fue argumentada como una manera de conseguir una «unión sagrada» que consolidase el régimen republicano y que, simultáneamente, asegurase la posesión de las colonias y la soberanía nacional frente a unas potenciales aspiraciones españolas. En el caso español, el entendimiento anglo-francés de 1904 abrió las puertas al contacto de España con la Entente y dio como resultado tres años más tarde los acuerdos de Cartagena, que redundaron en la protección de las posesiones insulares y costeras de España a cambio del reconocimiento de la soberanía británica de Gibraltar. Desde este limitado compromiso internacional, el regeneracionismo español pasó a proyectar unas más amplias cotas de participación en los asuntos internacionales e imaginó un nuevo escenario imperialista. Uno de los paradigmas de esta proyección fue la resurrección del ideal iberista. Con la Gran Guerra, se pasó a insistir desde posturas diversas en la necesidad de aprovechar la oportunidad para recuperar el prestigio perdido tanto desde un punto de vista económico –el escenario de neutralidad le abría las puertas a todos los mercados– como nacional-imperial (2).

España no experimentó la vida, la supuesta solidaridad y el desastre de las trincheras como hicieron la gran mayoría de los países europeos entre 1914 y 1918. Seguramente, esta es una de las razones que explican algunas de las particularidades del desarrollo de los nacionalismos y de los procesos de nacionalización acontecidos durante el siglo XX. Sin embargo, la experiencia bélica fue vivida con intensidad por la sociedad y contribuyó en la configuración de unas culturas políticas y unos discursos nacionales que a la salida de la confrontación se mostraron profundamente afectados por su impacto económico, social, cultural y político (3). Como parte de este desarrollo, el iberismo recibió una considerable atención y fue resignificado en estrecha relación con los diversos discursos que se proyectaron a ambos lados de la frontera. A pesar de esto, como ha sucedido con el imperialismo africano, este tema ha recibido una escasa atención por los historiadores interesados por los discursos nacionalistas (4).

(2) Para un marco general: ROCAMORA (1994).

(3) Sobre el desarrollo de la guerra en España, ROMERO SALVADÓ (2002); MARTORELL LINARES (2011).

(4) Véanse en este sentido, ARCHILÉS CARDONA (2013) y DUARTE (2010). Una excepción en MORALES MOYA, FUSI AIZPURÚA y BLAS GUERRERO (2013): 338-346.

2. ALIADÓFILOS Y GERMANÓFILOS: LA LUCHA POR LA NACIÓN EN ESPAÑA

Frente al inicio de los procesos de movilización, el gobierno conservador de Eduardo Dato declaró la neutralidad el 30 de julio de 1914. A pesar de que hubo de salvar algunos momentos de tensión, esta posición se mantuvo hasta el final de la guerra. En los primeros meses, la opinión de que España no podía involucrarse en el conflicto fue compartida por casi toda la sociedad, no obstante algunas declaraciones de Alejandro Lerroux, Melquíades Álvarez y el conde de Romanones que parecieron amenazar esta aparente unanimidad. Sin embargo, con el paso de los meses el consenso inicial dio paso a un debate sobre el carácter de la neutralidad que acabó por convertirse en una encendida polémica. En este contexto, los objetivos internacionales ocuparon una parte sustancial de las argumentaciones y la política y la cultura se fueron entrelazando en torno a las tres opciones que la guerra ofrecía para el futuro de España: la monarquía parlamentaria, encarnada por Gran Bretaña, la república laica francesa y la monarquía autoritaria y militarista simbolizada por Alemania.

Durante los primeros meses de 1915 se empezó a distinguir que las opciones asumidas frente al conflicto europeo estaban directamente vinculadas a los múltiples proyectos políticos locales. Así lo destacó el hispanista francés Albert Mousset, «todo el mundo dice que la opinión española se encuentra dividida frente al conflicto europeo en relación con sus afinidades políticas» (5). Entre los simpatizantes de las potencias centrales destacaron la Corte y el conjunto de la aristocracia, liderados por María Cristina, las altas jerarquías del Ejército, la mayoría de la Iglesia católica y los partidos carlista y maurista. Entre los partidarios de los aliados resaltaron los diversos agrupamientos republicanos, los partidos socialista y reformista, y la mayoría de los intelectuales. Su programa de recuperación nacional, ejemplificado en la conocida conferencia «Vieja y Nueva Política» de Ortega y Gasset pocos meses del estallido de la conflagración, partía de una parte de la «raza» en estado de regresión que debía ser rescatada de los ecos del derrumbe. De lo que se trataba era de nacionalizar España y, dentro de ella a todas las instituciones y los partidos, desde la Monarquía a los republicanos. La guerra pareció ser una oportunidad excepcional para poner en práctica este proyecto intergeneracional que vinculaba estrechamente Europa y España. Así pues, la gran mayoría de los intelectuales que habían bebido de las fuentes del regeneracionismo y el institucionismo recondujeron sus ideas en el marco de un heterogéneo aliadofilismo, radicalizando sus argumentaciones a la espera de que la influencia de Europa, primero en guerra y después en paz, sacara a España de su decaimiento nacional (6).

(5) MOUSSET, A. «L'Espagne dans le conflit actuel», *La Grande Revue*, abril de 1915, p. 192.

(6) Sobre el desarrollo de los debates intelectuales durante la guerra: FUENTES CODERA (2014a).

Tal como sucedió en el conjunto del continente, la división alrededor de los posicionamientos se escenificó en una serie de manifiestos. El primer texto que apareció fue el neutralista y europeísta «Manifest del Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa» redactado por Eugenio d'Ors, hecho público a finales de noviembre de 1914 en Barcelona. Como respuesta a esta iniciativa, un numeroso grupo de intelectuales catalanes, en su mayoría vinculados a sectores nacionalistas republicanos, firmó el «Manifest dels Catalans», una clara demostración de la francofilia dominante en el catalanismo que apareció el 26 de marzo de 1915. Bajo la dirección de Ortega, un importante número de hombres de letras vinculados en su mayoría –aunque no exclusivamente– al Ateneo de Madrid, el reformismo y el republicanismo lanzaron *España* el 29 de enero de 1915. Fue allí donde vio la luz el 9 de julio el «Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas», redactado por Ramón Pérez de Ayala con el propósito de que España dejara de parecer «una nación sin eco en las entrañas del mundo». Finalmente, el sector germanófilo hizo evidente su presencia como colectivo con un escrito de Jacinto Benavente –«Amistad hispano-germana» fue su título– publicado en el maurista *La Tribuna* el 18 de diciembre de 1915 (7).

Los principales líderes políticos españoles se fueron pronunciando durante la primavera de 1915. En todos los casos, las relaciones con Portugal fueron uno de los aspectos más tenidos en cuenta en sus intervenciones. El 18 de abril el conde de Romanones, líder del Partido Liberal, pronunció una alocución en Palma de Mallorca, donde afirmó que los «tres grandes problemas principales» de toda la política exterior española eran «Marruecos, Portugal y la América Latina» (8). El 1 de mayo Melquíades Álvarez propugnó en Granada una neutralidad «benevolente» con los aliados y afirmó que las reivindicaciones de Gibraltar y Tánger debían alcanzarse en acuerdo con Londres y París. En relación con la política iberista, su propuesta fue bastante más concreta que la de Romanones: se trataba de estrechar las relaciones económicas y políticas entre ambos países para que en un futuro se pudiera practicar una política internacional común. Se había de alejar el fantasma de una anexión. Por ello, sus críticas se enfocaron particularmente sobre Juan Vázquez de Mella, a quien cuestionó sus propósitos anexionistas (9). Unos días después, el 21 de abril, Antonio Maura expuso sus ideas de regeneración nacional en el plano internacional, aunque no puso un acento tan marcado en las relaciones con Portugal. Sus argumentos, centrados en la situación geográfica y económica de España, no estaban lejos de los de Romanones, pero se aferraban con más fuerza a la importancia de una unión entre el Estado y la nación y a la centralidad de la cuestión

(7) JULIÁ (2014): 20-24. Los textos pueden consultarse en este mismo volumen.

(8) «El conde Romanones en Mallorca», *El Imparcial*, 19-IV-1915, pp. 1-2; un resumen, en ALCALÁ GALIANO (1916): 165-166.

(9) «Un acto político. El discurso de Melquíades Álvarez», *Heraldo de Madrid*, 1-V-1915, pp. 2-3.

de Tánger (10). Finalmente, el 31 de mayo Juan Vázquez de Mella pronunció una esperada conferencia en el madrileño Teatro de la Zarzuela. Allí argumentó criterios geográficos para afirmar la «irredención» de España, mutilada por Inglaterra en Gibraltar y Portugal. La salida debía ser una alianza con Alemania, el dominio del estrecho, la unión ibérica y la «confederación tácita con los Estados americanos».

3. IMPERIALISMOS E IBERISMOS GERMANÓFILOS

Mientras que al declarar la neutralidad –y mantenerla durante todo el conflicto– España volvía en cierta manera al «recogimiento» internacional, políticos portugueses como el entonces embajador en París João Chagas entendieron esta política como la expresión de una idiosincrasia aislacionista de «pequeño continente» peninsular (11). Frente a la inminencia de la guerra, la inquietud había llegado a ser bien viva en Portugal, especialmente después de la aproximación española a la Entente. En realidad, a pesar de las simpatías de personajes como Teófilo Braga o Malgalhaes Lima, desde la óptica lusitana se pensaba que detrás del iberismo se escondía un «peligro español» que amenazaba tanto la República como la nación. Desde 1890 el término iberismo había perdido su influencia en Portugal y había llegado a convertirse en sinónimo de antipatriotismo y traición (12).

A pesar de la política neutral adoptada en los primeros momentos en acuerdo con Gran Bretaña, algunas voces afirmaron que la guerra podía ser una oportunidad única para el inicio de una nueva era en Portugal. «Este momento –escribió João Chagas el 4 de agosto de 1914– le proporciona una oportunidad única en su historia de adquirir personalidad. Si lo abandona, es una nación perdida». La alianza con Inglaterra podía quedar revalorizada al final de la contienda y Portugal podía recuperar su prestigio internacional junto a las grandes potencias como nación libre. Además, esto podía servir para medirse con España, para demostrar la superioridad portuguesa frente a un país encogido por la neutralidad. Según creían los intervencionistas portugueses, en la alternativa secularmente inquietante de hipotecar la libertad de acción a Inglaterra o caer en manos de los deseos imperiales españoles, la participación bélica podía dar como resultado la oportunidad de conjurar ambos peligros y recuperar la independencia internacional. Los motivos internos llegaban a sobrepasar, incluso, las razones más inmediatas. Para Augusto de Castro, la nación portuguesa padecía «el exilio de su alma», tenía un «mal de conciencia». Como planteaban

(10) «En el Teatro Real. La conferencia de D. Antonio Maura», *La Correspondencia de España*, 22-IV-1915, pp. 5-6.

(11) DE LA TORRE GÓMEZ (1991): 16.

(12) CAMPOS MATOS (2007); DE LA TORRE GÓMEZ (1983): 136-137 y 174-175.

entonces numerosos intelectuales europeos, Portugal podía retornar a su «antiguo y abandonado destino, que fue un destino de Ideal y de Espíritu». La guerra debía ser, pues, «una afirmación y una necesidad de nuestra existencia histórica» (13). Además, como en España, el conflicto se presentaba como un enfrentamiento entre las democracias aliadas y el autoritarismo imperialista germánico, entre el principio de las nacionalidades y el imperialismo. Naturalmente, los argumentos que se derivaban de esta esquematización no podían dejar de entusiasmar a los sectores republicanos, tanto por el componente democrático como por la supuesta defensa de las pequeñas nacionalidades. Pero la intervención tuvo enfrente una oposición tenaz y un importante sector de la sociedad: la mayoría de los monárquicos, los republicanos unionistas, amplios sectores del ejército, y algunos intelectuales, que denunciaron el belicismo por ser una acción unilateral que no contaba con el beneplácito británico. En el marco de una interpretación más amplia que situaba su país como parte de la crisis del sistema liberal europeo, los monárquicos apoyaron a Alemania con el objetivo de refundar Portugal: entendieron la guerra como una cruzada contra los valores de la democracia e intentaron proyectar una contrarrevolución que pusiera fin al dominio de los valores representados por Francia e Inglaterra (14).

En España, la situación de Portugal en los meses previos a la guerra era calificada como de decadencia o descomposición. En 1914, Vicente Gay escribía: «Hoy, la Europa fuerte, Inglaterra, Alemania y Francia, pulsán la agonía de Portugal, como pulsaron la de Turquía (...) Las nacionalidades incapaces de gobernarse tienen un derecho limitado a ser gobernadas y a conservar sus territorios» (15). La tesis de la decadencia portuguesa había cobrado plena vigencia en un sector de los intelectuales españoles, especialmente en aquellos que se acercarían a la germanofilia. El problema portugués había sido identificado por dos aspectos fundamentales: una tradicional incompatibilidad de intereses con Inglaterra y la consecuente aspiración española de la reintegración ibérica.

Los sectores más radicales de la germanofilia española cuestionaron a menudo una posible intervención portuguesa. *El Correo Español* afirmó que la participación de la nación vecina sería desastrosa para sus destinos ya que así se esfumaría la posibilidad de una neutralidad «integradora» en un sentido ibérico. A esta ofensiva se sumó a finales de diciembre *La Tribuna* con una intensa campaña a favor de una unión ibérica. Sus argumentos fueron los habituales del discurso contrario a la República: si Portugal entraba en la guerra y los aliados triunfaban, se demostraría que en los hechos no era más que una colonia inglesa. Frente a esto, afirmaban, había de defenderse una política iberista que,

(13) DIAS SANTOS (2010): 243-320; sobre la guerra en Portugal: TEIXEIRA (1996); PIRES (2011).

(14) Las citas, en DE LA TORRE GÓMEZ (1983): 255 y 259.

(15) GAY (1915): 190 y 191. Según su autor, este libro se había escrito mayoritariamente antes del inicio de la guerra.

desde la óptica española, no escondía una pretensión de restauración imperial española (16). La campaña germanófila sobre los temas de Gibraltar, Marruecos y la unión ibérica se repitió machaconamente en la prensa y las revistas germanófilas durante 1915. Se trataba de «Tener un ejército de dispuesto para no dejarnos atropellar ni en la Península ni en Marruecos y para, en un momento dado, cumplir nuestra misión en Portugal», afirmó *La Tribuna* el 4 de enero. La forzada salida de los democráticos del poder portugués y la instauración de la dictadura de Pimenta de Castro pareció aproximar la llegada de este momento ya que España era la única nación capaz de restablecer la normalidad en el país vecino: «Ahora España debe estar muy atenta por el constante aumento del poder inglés en Portugal; al contrario, aprovechando el estado anárquico que reina en Portugal, creemos nosotros que ha llegado el momento más oportuno para solucionar la tan deseada Unión Ibérica». Se trataba de conseguir «un Estado hispano-portugués bajo la dirección española», un Estado tan grande que Francia e Inglaterra no pudiesen ejercer sobre él ninguna influencia perjudicial (17).

Con los acontecimientos del 14 de mayo de 1915, que condujeron a la caída de Pimenta de Castro, la acción intervencionista fue retomada con intensidad en Portugal. Tuvo un fuerte componente de reacción frente a la amenaza española, que se había visto potenciada por la inquietante presencia de tres barcos españoles en el Tajo durante las jornadas revolucionarias. Esta nueva situación fue también explotada por los distintos sectores de la opinión española. La prensa germanófila anunció la llegada de su momento. «España considera, de hoy en adelante, las provincias portuguesas como una prolongación de nuestra nación», sentenció *La Tribuna* del 17 de mayo de 1915. La prensa republicana, por su parte, se mostró radicalmente contraria a cualquier injerencia sobre el país vecino. Desde su punto de vista, el golpe no debía suponer nada «para la vida de la nacionalidad portuguesa», para el proyecto republicano en curso (18). En este marco, el gobierno de Romanones intentó mantenerse al margen de la cuestión.

En este contexto pronunció Juan Vázquez de Mella su discurso en el Teatro de la Zarzuela de Madrid el 31 de mayo. La guerra era, desde su punto de vista, básicamente un conflicto entre Alemania e Inglaterra y sus tesis, que se convirtieron en la posición mayoritaria del carlismo y de buena parte de la propaganda germanófila, se resumieron en esta consigna: «Unirse a Inglaterra, ayudar a Inglaterra, cooperar con Inglaterra, es trabajar contra los intereses y las exigencias de España. Ser anglófilo resulta ser hispanófilo» (19). Francia, menos peligrosa que Inglaterra, continuaba teniendo unas aspiraciones de do-

(16) DE LA TORRE GÓMEZ (1980): 145-148 y 167-169.

(17) *La Tribuna*, 8-III-1915; citado en DE LA TORRE GÓMEZ (1983): 304.

(18) «El movimiento de Portugal. Triunfo de la revolución», *El País*, 18-V-1915, p. 1.

(19) VÁZQUEZ DE MELLA (1915): 92.

minación en el Mediterráneo que eran incompatibles con las españolas. Su planteamiento iberista estaba en estrecha relación con estas premisas. Vázquez de Mella consideraba que los intereses de Alemania eran compatibles con los de España y, por ello, había de defenderse la «neutralidad absoluta». Pero esto no podía afirmarse para la nación, ya que esta no podía olvidar sus intereses permanentes territoriales y raciales. Desde este punto de vista, su principal preocupación fue mejorar el papel internacional de España, aprovechándose de la precaria situación que atravesaba su principal enemigo. Su propósito era conseguir la unión con Portugal a través de la reconstitución federal de la Península y, desde esta nueva posición, plantearse la reconquista de Gibraltar como centro de la reorientación de una nueva política internacional que había de concluir con la constitución de unos Estados Unidos de América del Sur que contrarrestara, a su vez, la creciente influencia del imperialismo norteamericano. Era una propuesta geopolítica para un renacimiento de la nación que había de poner fin al «parlamentarismo» y a la «falsa democracia» a través de tres «*dogmas nacionales*»: la soberanía sobre las costas, la federación con Portugal —«Étnica, geográfica e históricamente, Portugal es un miembro de la nacionalidad española», afirmaba—, y el imperio espiritual sobre América. Sin esos dogmas, la Historia de España resultaba «negada y su porvenir reducido al de una nación que termina y al de una colonia que empieza». Con esta política, el líder carlista pretendía situar España como parte de la corriente general expresada por el pangermanismo, el paneslavismo o el irredentismo italiano. Se proponía desarrollar «una liga general con el nombre de España, *o si se quiere, Iberia irredenta*» (20). No estaba lejos de lo que defendía, por ejemplo, la revista regionalista andaluza *Bética*, órgano del Ateneo de Sevilla y una pieza fundamental en el desarrollo del andalucismo (21).

Desde Portugal, la amenaza española dio nuevos bríos a los partidarios de la intervención que, otra vez, plantearon que la entrada en guerra era un antídoto contra cualquier potencial injerencia extranjera. *O Século* afirmaba el 5 de junio que «la aspiración ambiciosa, que duerme agazapada en el corazón de todo español, aparece alborozada y viva». En cada español había un iberista. El intervencionismo lusitano afirmaba una vez más que únicamente la participación activa en la contienda podría garantizar la independencia de la nación. El 9 de marzo de 1916 se produjo la tan esperada ruptura con Alemania, que inmediatamente dio lugar a que Berlín recordara su oferta a Madrid para que procediera con la anexión de Portugal. La nueva situación pareció abrir las puertas a una candidatura de España para un nuevo liderazgo ibérico, que podía afirmarse en una violencia frente a la cual Portugal no podría más que «echarse en nuestros abrazos amorosamente», como había escrito pocos años antes Luis

(20) VÁZQUEZ DE MELLA (1915): 26, 37, 87, 90 y 95.

(21) Como ejemplo, véanse LUCA DE TENA, J.: «Gibraltar. Lo que pensaba Ganivet» y GERMÁN LATORRE, G.: «El irredentismo español», *Bética. Revista Ilustrada*, 30-V-1915, pp. 1-2 y 37.

Antón de Olmet (22). En este marco, Vicente Gay propugnó una alianza ibérica para anular la potencialidad imperialista británica al corroborar que el Portugal independiente había dejado de existir: Inglaterra lo había convertido definitivamente en una pieza más de su engranaje (23). Los germanófilos comenzaron a hablar entonces de un «peligro portugués» para España. Sin embargo, durante todo el gobierno de Romanones, lo que realmente se impulsó fue una mejora de las relaciones con Portugal, tal como se demostró con el nombramiento como representante en Lisboa de Antonio López Muñoz, ministro de Estado del primer gobierno de Romanones, de quien era amigo personal, y una destacada personalidad del Partido Liberal (24).

Como ha sido argumentado, el campo intelectual germanófilo presentó dos sectores relativamente diferenciados. Por un lado, el de aquellos que, como el carlista Juan Vázquez de Mella y el católico Edmundo González Blanco, rechazaban la política internacional inglesa y los valores republicanos y jacobinos franceses, y por el otro, el de quienes, mostrando unos elementos provenientes del regeneracionismo, pensaban que Alemania, su sociedad, su sistema educativo y su vitalidad nacional debían servir como modelos para proyectar España en una perspectiva modernizadora. Para unos y otros, neutralidad y «españolismo» debían ser compatibles, a diferencia de lo que pretendían imponer los aliadófilos (25).

El temor y la radicalización reinantes en los sectores conservadores frente al supuesto avance de las posiciones aliadófilas en España y Portugal se expresaron en un libro escrito por el católico Edmundo González Blanco, titulado *Iberismo y germanismo. España ante el conflicto europeo (Tres estudios)*. Allí se planteaba una defensa de las ideas de Vázquez de Mella —no casualmente el primer estudio se titulaba «Los tres dogmas nacionales»—, especialmente de su perspectiva iberista frente al latinismo de los aliadófilos. Era una diatriba contra los miembros de la joven generación que formaban parte del tronco de la Institución Libre de Enseñanza, que habían viajado al amparo de la Junta para Ampliación de Estudios (especialmente a Alemania) y que, sin embargo, habían «vuelto a España tan ayunos de ciencia como habían salido». La línea de continuidad entre el krausismo, el reformismo y el socialismo se hacía evidente: todos ellos eran los portavoces del escepticismo, de la imposibilidad de que España se construyera como nación. Frente a ellos, debía ponerse fin a los discursos extranjerizantes de la España doliente y construir un relato optimista, de futuro, mirando hacia la pujante Alemania; si había de hacerse «imbécil convención de antiespañolismo y neutralidad, o alardear de espíritu negativo y

(22) ANTÓN DE OLMET (1912): 182. Olmet se «convertiría» a la aliadofilia y llegaría a publicar un libro duramente crítico con todo el arco germanófilo, *Los bocheros (La propaganda teutona en España)*, en 1917.

(23) GAY, V.: «Portugal, el último aliado», *La Tribuna*, 18-III-1916, p. 1.

(24) DE LA TORRE GÓMEZ (1983): 315-319.

(25) FUENTES CODERA (2013).

despectivo, o identificar europeísmo con el autodesprecio, vale más que se calle». En este contexto, el iberismo –«una afirmación y por ende ineludible»– asumía una perspectiva regeneradora como proyecto de futuro. Debía ser uno de los ejes de una proyección imperialista –que tenía en Marruecos su correlato–, la mirada debía dirigirse al oeste para «completar la autonomía geográfica de España» e impulsar «la hegemonía de la raza en la península» frente a la situación de Portugal en 1917. En este proyecto, la neutralidad era una oportunidad perfecta para preparar «el programa del *paniberismo*, del *imperialismo ibérico*» y proyectar España federativamente hacia América, hacia unos Estados Unidos Ibéricos (26). Era un planteamiento que, por otra parte, no estaba lejos de la propaganda alemana, que había formado, bajo la presidencia del príncipe Carlos de Urach, un «Comité Hispanoalemán» en Stuttgart con el propósito de fomentar «los intereses hispanoalemanes y sudamericanoalemanes» o, dicho de otra manera, aproximar Alemania a todos los países de lengua castellana. En última instancia, ambos proyectos estaban unidos: el objetivo era que el germanismo y el iberismo se llevaran «la palma de la victoria en la lucha por la dirección de la humanidad» frente a la política de «mecanización» inglesa (27).

En el sector neorregeneracionista del arco germanófilo destacaron algunos intelectuales que dedicaron una atención especial a la proyección internacional de la nación española y también pensaron en las relaciones con Portugal como un mecanismo regenerador. Entre ellos resaltó la figura del economista valenciano Vicente Gay Forner, catedrático de Valladolid, militante del liberalismo de Santiago de Alba, y un destacado colaborador de los periódicos germanófilos *La Tribuna*, *El Día* y *La Nación* durante la guerra (luego pasaría por el primorriverismo durante los años veinte, el filofascismo durante los treinta y acabaría fracasando como jefe de Propaganda del bando nacional durante el primer año de la Guerra Civil). Fue, como escribió Ucelay, un «españolista muy especial» que propuso una activa simpatía por una solución imperial para España (28). Conocedor del idioma alemán y de su formación jurídica, subrayó que el imperialismo germano no había hecho concesiones al particularismo. Hacia este modelo debía mirar España: se trataba de «educar españoles» para que no se desviarán «de la marcha general de todos los grandes pueblos modernos, tendiendo a formar la personalidad de las regiones» y se dirigieran hacia «la formación de la personalidad nacional de España» (29).

Gay ejerció una cierta influencia en el mundo intelectual germanófilo. En su primer trabajo importante sobre la guerra, *El imperialismo y la Guerra Europea. Los principios nacionalistas y el iberismo*, intentó analizar desde un

(26) GONZÁLEZ BLANCO (1917): 92, 121, 286, 92, 97 y 98.

(27) GONZÁLEZ BLANCO, E.: «La expansión del iberismo. España y América», *La Nación*, 16-VII-1917, p. 4.

(28) UCELAY DA CAL (2003): 315.

(29) GAY (1908): 17.

punto de vista «científico» las causas de la guerra para orientar la posición española. Allí presentó un programa de acción nacionalista e imperialista basado en principios estatistas, iberistas, americanistas y africanistas. Su diagnóstico no difería del de muchos de sus contemporáneos españoles y europeos: «falta entre nosotros la concepción internacionalista o mundial (...) es indiscutible que el aislamiento mental, la falta de formación de opinión sobre los problemas imperialistas y nacionalistas y sobre los iberistas». Desde una relectura de Joaquín Costa, planteaba que el imperialismo español debía mirar hacia Marruecos y Portugal desde un punto de vista económico y cultural. Su proyecto estaba claramente enmarcado en un europeísmo de raíz alemana, «Yo, que ni odio ni amo a la República portuguesa, ni me importa un ardite su Monarquía, quiero soñar con un Portugal que no sea la factoría inglesa de hoy, y con una nueva España, con una Iberia, que cobije la misma bandera desde Barcelona hasta Lisboa». El camino no era fácil, ya que los portugueses se habían mostrado recelosos de la realización aduanera por su cerrado proteccionismo. Esto podía conducir que quedara «un único camino eficaz y posible» para realizar la «unión ibérica»: «la anexión de Portugal a España». Esta anexión, que venía determinada por una posible intervención de Inglaterra en Portugal, era en última instancia una defensa de la propia España, «Piensen los españoles que el imperialismo europeo avanza sobre Portugal, y que avanzar sobre Portugal es asomarse a España; mediten los portugueses qué les conviene más: vivir de la savia del tronco ibérico, o caer desgajados sobre un pueblo extraño». El proyecto iberista, en síntesis, era una oportunidad para «retrotraer a España a los horizontes de grandeza que tenía antes de sufrir el desgarrón colonial americano de 1810», era «una necesidad nacional, y por eso, sin perjuicio de las convicciones políticas de partido, todos los españoles pueden ser iberistas» (30). En última instancia, el objetivo era proyectar la nación española sin perjuicio de «nuestros hermanos portugueses» en una confederación como los Estados Unidos o la corona austrohúngara. Así lo expresó en una conferencia en el «Circo» de A Coruña en diciembre de 1915 (31). El modelo era similar al de González Blanco. Sin embargo, en uno y otro continuaba latiendo la posibilidad de una conquista por la fuerza si las circunstancias lo imponían.

Otro personaje destacado de este arco regeneracionista del campo germanófilo fue el gallego Eloy Luis André, quien se había formado en Alemania becado por la Junta de Pensiones e Investigaciones Científicas. Había perdido frente a Ortega y Gasset la oposición para la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid en 1910 (32) y en el momento del inicio de la guerra era catedrático del Instituto de Toledo. Su simpatía germanófila se afirmaba en la defensa de la neutralidad

(30) GAY (1915): 9, 182, 184, 232 y 186-187.

(31) «Vicente Gay en el "Circo". El iberismo y los ideales de España», *El Noroeste*, 28-XII-1915, p. 1.

(32) Así lo destaca Edmundo González Blanco en «Génesis de la mentalidad alemana», *La Esfera*, 28-XI-1914, pp. 8-9.

frente al intento de los «farsantes de la cultura, esas hembras del 98» que pretendían que España entrara en la guerra o se manifestara más allá de la posición del gobierno. Desde su perspectiva, se trataba de aprovechar la guerra para hacer resurgir «una conciencia nacional», «nacionalizar el espíritu español, luchando contra todas aquellas resistencias, obstáculos o enemigos que tenemos en la propia conciencia histórica», contribuyendo a accionar «el motor religioso y patriótico de nuestras clases directoras» (33). Durante los años de la guerra, André pronunció numerosas conferencias e intervenciones públicas con el objetivo de difundir la ética y la cultura alemanas. Publicó un segundo libro –el primero fue *La mentalidad alemana* (1914)– en el que sostuvo que España había de conseguir lo que habían hecho los pueblos germanos: una unidad histórica, «una solidaridad espiritual», ahondando en la propia conciencia histórica, retro trayendo las «energías presentes» al seno de Grecia y Roma. Se habían de abandonar las ideas de libertad, fraternidad e igualdad, «esa fiebre de democracia», y dirigirse hacia un «nuevo clasicismo», «un nuevo Renacimiento», encabezado por la juventud latina. Para ello era necesario romper con el pasado: «Si por salvar viejos valores y formas históricas es imposible desarrollar y crear otros nuevos, llegará un momento en que lo viejo perecerá también falto de savia que lo vivifique y alimente». Por ello, concluía, «no puede temerse tanto a una *revolución orgánica*, que purifique su régimen, y le incorpore nuevos elementos directores» (34).

André mostró un claro interés por la proyección imperialista-iberista. Partiendo de la necesidad de que España se separara de una Francia que representaba «una cultura híbrida y retardataria», advirtió de las posibles pretensiones imperialistas germanas para propugnar estrechar el vínculo entre los tres «pueblos ibéricos»: el «castellanoaragonés», el «catalán, valenciano y mallorquín» y el «galaicoportugués». Desde su perspectiva, el «iberismo peninsular» no podía ser ya una «bravuconada de cuartel o un tópico de Ateneo» y debía ofrecer garantías de mutua independencia, «de íntegra soberanía de cada uno de los Estados». Debía alcanzarse «la elaboración común de una cultura peninsular, basada en la autonomía y en la constitución federal de las regiones naturales históricas o culturales de España y en la confederación de los dos Estados peninsulares». La unión entre Portugal y España podía redundar en un fortalecimiento de las aspiraciones imperialistas en África y propiciar la independencia de ambos países frente a la presión ejercida por Francia, Inglaterra y Alemania. La conclusión era evidente: el iberismo podía ser un proyecto regenerador siempre que se convirtiera en «un problema de voluntad, de obstinación, de perseverancia, de conciencia, de necesidad» que consolidara «también uniones seculares» que llevaran a ambos países a «ser grandes otra vez y nuevamente acreedores de respeto» (35).

(33) ANDRÉ, E.: «Neutralidad y españolismo», *La Esfera*, 13-III-1915, p. 4.

(34) ANDRÉ (1916): 7-8, 13, 20 y 137-138.

(35) ANDRÉ, E.: «Los pueblos ibéricos y el iberismo», *La Esfera*, 19-VI-1915, p. 6.

Esta interpretación del iberismo como reunión de los tres pueblos relacionaba André con el pensamiento del catalán Manuel de Montoliu, quien pensaba que todo el pensamiento moderno y la necesaria renovación del latinismo –compartida también con André– tenían raíces germánicas (36). Por ello, sostuvo que la redención de la latinidad no podía venir de Francia: Europa debía organizarse sobre el principio de las nacionalidades y el pensamiento alemán, que descansaba sobre el libre arbitrio y el imperativo categórico, era una posible solución al problema. Para Montoliu, la organización política de la humanidad había de «tender al ideal de una división en agrupaciones naturales basadas en los lazos de sangre, mientras la voluntad de los miembros de cada uno de esos grupos étnicos no se oponga a esta norma de la Naturaleza» (37). En cierta manera, se trataba de una adaptación catalana de Herder que no se diferenciaba demasiado de la concepción de Antoni Rovira i Virgili (38).

Montoliu formó parte de la revista barcelonesa *Germania*, integrada por «hombres enamorados de una España fuerte, temiendo verla rodar por la pendiente de lo estéril –la verborrea, el parlamentarismo, la indisciplina social–» (39), que afirmaron encontrar en Alemania un punto de apoyo para proyectar una nueva propuesta de «neolatinidad científica». Antiguo colaborador del periódico republicano *El Poble Català*, perfiló este planteamiento en un largo artículo en el que sostuvo que los españoles, hijos de la «áspera Iberia», eran «los menos latinos y griegos de los pueblos cultos de Europa». Sin embargo, Montoliu creía que el «latinismo» continuaba existiendo como una «especial manera de ser y de comprender la vida» meridional y catalana de la cual España podía aprovecharse al posicionarse junto a Alemania, la «nueva Grecia», que estaba preparada para ser la reencarnación de Roma e imponer la autoridad, el orden y la disciplina del espíritu clásico al mundo (40). Frente a la avalancha que representaba la guerra, este «fuego nuevo», seguir reivindicando los valores de la Revolución Francesa, como hacían los intelectuales francófilos, no era más que «la última repercusión de unos ideales viejos ya de más de un siglo» (41). Este planteamiento, que mezclaba la defensa de Cataluña, sus valores y sus potencialidades regeneradoras con un militante antijacobinismo, se enmarcaba en un «ideal de la España grande» que ya no podía «prescindir del problema de Portugal» ni «dejar de englobar el problema de la Cataluña irredenta» (42). Se trataba de un proyecto que tenía como eje una unión con

(36) DAIMON (M. DE MONTOLIU), «Ideas y Acción. Pro Europa I», *El Diluvio*, 9-IX-1914, p. 28.

(37) DAIMON (M. DE MONTOLIU), «Ideas y Acción. Pro Europa XIII», *El Diluvio*, 2-I-1915, p. 28.

(38) RAFANELL (2006), vol. I: 458-459; sobre Rovira i Virgili: FERRÉ (2005).

(39) ALMERICH, L.: «Fortaleza espiritualidad», *Germania*, 15-III-1915, p. 1.

(40) MONTOLIU, M. DE: «Latinismo», *Germania*, 1-IV-1915, pp. 1-4. Este planteamiento de un nuevo latinismo era similar al sostenido por Eugenio d'Ors; véase FUENTES CODERA (2009).

(41) MONTOLIU, M. DE: «Opinión española», *Germania*, 1-XI-1915, p. 5.

(42) RAFANELL (2011): 271-277 (la cita en p. 277).

Portugal que solamente podía ser factible si se consolidaba previamente la convivencia y la «cohesión espiritual» de Castilla y Cataluña, que aseguraría, a su vez, «la vitalidad real de la nación española» (43). Justamente con el objetivo de cohesionar Castilla y Cataluña, *Germania* fue el núcleo sobre el cual Josep Maria Rosell, Pere Bosch i Gimpera, Manuel de Montoliu, Pau Furriol, Luis Almerich, Miquel Vidal Guardiola, Jordi Rubió y Pere Barnils constituyeron en Barcelona el Comité de Amigos de Germania a finales de 1916 (44).

Todo el arco de la germanofilia española consideró las relaciones con Portugal como una cuestión central para su proyecto de renacimiento nacional. A escala local lo expresó el diario católico de Tortosa *El Restaurador* al argumentar que Portugal –junto a Marruecos y América– podía ser un horizonte de proyección que rompiera con la falta de ideal colectivo ya que «No hay nación que no mire alto y firme el porvenir alentando el anhelo de un ideal de gloria y de grandeza». Se trataba de alcanzar «una inteligencia económica que aprovechara a ambos pueblos e hiciera práctico el tan decantado iberismo» (45). Esta posición también fue expresada por un diario católico de Tarragona, que planteó la necesidad de participar en la lucha entre la España «renaciente» y la «decadente», entre la «optimista» y la «pesimista». Desde su perspectiva, se debía estar con los primeros, los que tenían un ideal de «pueblos fuertes», «Recordad el irredentismo italiano, la *revancha* y la importancia mundial de su idioma en los franceses, el dominio de los mares en Inglaterra, la reivindicación de su territorio en los Balkanes, el pangermanismo, el paneslavismo (...) ¿Ideal de los renacientes? El iberismo, la España futura integrada por cuatro nacionalidades en espléndida competencia por la hegemonía» (46).

Imperialismo, iberismo, lucha contra el pesimismo y el «extranjerismo» de las generaciones del 98 y el 14 y regeneracionismo de perspectiva germana fueron, todos ellos, elementos que aparecieron con intensidad entre los intelectuales que manifestaron sus simpatías por las potencias centrales. Algunos de estos temas fueron compartidos con aquellos que se identificaban como aliadófilos.

4. IBERISMOS ALIADÓFILOS

A principios de octubre de 1914, los alemanes habían comunicado al gobierno español a través del príncipe de Ratibor, su embajador en Madrid, que la guerra le ofrecía la oportunidad de «completar la unidad de la Península» con

(43) VIOLA Y VERGES, L.: «Observaciones. Iberia», *Germania*, número 11, 1-VIII-1915, p. 10.

(44) «Comité de Amigos de Germania», *Germania*, 1-I-1917, pp. 481-482.

(45) BAY, E.: «¡Señores, más ideal!», *El Restaurador. Diario de propaganda católico-social y de avisos*, 6-VIII-1915, p. 1.

(46) LEVISSIMUS: «Los dos partidos», *La Cruz. Diario Católico*, 25-X-1914, p. 1.

la anexión Portugal y Gibraltar (47). Durante los primeros meses de la contienda el hispanista francés Alfred Morel-Fatio mostró que los posicionamientos de España en relación con Portugal eran también objeto de la propaganda de las potencias en guerra. «¡Anexión a Portugal! ¡Gibraltar! ¡He aquí el espejismo con que la Prensa alemana intenta seducir a nuestros vecinos (...) Para llegar a la fusión de los dos pueblos habrían de ocurrir acontecimientos tales, que cambiaran por completo las relaciones entre ambos Estados, algo así como el establecimiento de una República federativa ibérica» (48). Morel-Fatio pretendía hacer evidente que aliadófilos y germanófilos estaban separados irremediablemente por el proyecto político y nacional que defendían. En este sentido, el argumento central era que mientras los segundos pretendían una anexión, los primeros luchaban por una unión federal o confederal. Pero todo era mucho más complicado que esta división tan esquemática. De hecho, los iberistas e hispanoamericanistas más militantes –algunos de los cuales llegaron a pensar en la incorporación de Portugal y Brasil a pesar de su panlusitanismo– no estuvieron presentes únicamente entre los sectores germanófilos. Por otra parte, la disputa por el latinismo impulsado desde Francia llegó a ser compartido entre ambos sectores. Tal como demostró Juan Guixé, uno de los intervencionistas más radicales, la hispanofilia no era patrimonio exclusivo de los partidarios de Alemania, «La verdadera hispanofilia no debe ser ni de uno ni de otro color beligerante, sino simplemente española y asumir el supremo interés: el interés nacional» (49). La disputa entre unos y otros, aliadófilos y germanófilos, era por el significado y las consecuencias de este «interés nacional».

Joaquín Sánchez de Toca fue uno de los principales promotores de una política de integración peninsular al amparo del principio de unión de las soberanías nacionales en el marco de unos objetivos de seguridad comunes. En repetidas oportunidades alentó la necesidad de que desaparecieran las amenazas de que una nación subsumiera la otra. En su discurso del 9 de abril de 1915 en la Real Academia de Jurisprudencia expuso sistemáticamente estas ideas y, por su claridad, tuvo una considerable repercusión en ambos países (50). Su crítica a la neutralidad como demostración de la muerte de la nación le había acercado a muchos intelectuales neorregeneracionistas que impulsaban la revista *España*, Ortega entre ellos (51). En este marco, propugnó una alianza –que debía realizarse en acuerdo con Gran Bretaña– de dimensión militar-defensiva que debería sumarse a otra de tipo económico. En cierto sentido, aunque se trataba más de una alianza que de un proyecto iberista propiamente dicho, era

(47) GARCÍA SANZ (2014): 38.

(48) «Habla Morel-Fatio. La actitud de España ante la guerra (Conclusión)», *La Correspondencia de España*, 16-II-1915, pp. 5-6.

(49) GUIXÉ, J: *La nación sin alma (Ensayos políticos sobre la crisis española)*, 1917, p. 74; citado en UCELAY DA CAL (2003): 663.

(50) SÁNCHEZ DE TOCA (1915).

(51) «Política de la neutralidad. Un buen discurso barroco», *España*, 16-IV-1915, pp. 4-5.

una réplica a la primitiva hegemonía que había pretendido ejercer el iberismo germanófilo. La propuesta tuvo una difusión notable entre los medios y los principales líderes políticos e intelectuales del arco aliadófilo. *El Imparcial* compartió sus planteamientos y afirmó que para hablar de una «España mayor» era fundamental fomentar el conocimiento y los contactos entre ambos países (52). Algo parecido sostuvo Eduardo Gómez de Baquero –firmando como Andrenio– en *Nuevo Mundo*, donde explicó que el «hermoso ideal» del iberismo debía «halagar por igual a españoles y portugueses», ya que «ambos pueblos unidos por lazos voluntarios federativos formarían una nación poderosa», siempre que «la aparición del espíritu ibérico fuese señal de una vigorosa reconstitución, como la de Italia o la de Alemania». Su perspectiva era de rechazo a unos «iberistas que no lo son en realidad», unos españoles únicamente «deseosos del engrandecimiento de la patria» (53).

Desde fines de noviembre de 1915, la propaganda belicista portuguesa comenzó a desprenderse de la apelación al «peligro español» y en España se impusieron unas relaciones «liberales» con la República que aspiraron a verse concretadas en términos materiales. En este marco, los sectores más radicalizados llegaron a relacionar republicanismo con iberismo, «Establecerse la república y comenzar las corrientes de simpatía y aproximación, ha sido simultáneo (...) Si en España hubiera república, muchos años ha que nuestra nación y Portugal estarían unidas por la federación que impone la raza, la geografía, las costumbres y la comunidad de intereses» (54). Sin embargo, frente a la entrada de Portugal en la guerra el 9 de marzo de 1916 republicanos y tradicionalistas parecieron acordar en la crítica a la política de sometimiento a Inglaterra expresada por el gobierno portugués. «Nos duele el ver una parte de la Península, una nación peninsular, en la órbita de un imperio poderoso», publicó *El País* el 14 de marzo de 1916.

A pesar de este efímero momento de contacto entre republicanos y tradicionalistas, dos modos de concebir la relación con Portugal se acabaron configurando como antagónicos en España. Por un lado, el liberal, que se expresó en la fórmula «armonía entre los Estados y respeto absoluto para las luchas internas de los otros pueblos», según explicó Luis Araquistain en *El Imparcial* en su respuesta a una encuesta organizada por el periódico. Por el otro, el conservador que, como hemos visto, tuvo una clara impronta anexionista (55). Los aliadófilos españoles, ayudados por la propaganda francesa, se encargaron de construir unos discursos –siempre marcados por el antagonismo– que, en la perspectiva iberista, se refirieron sistemáticamente a la situación interna española. Así, se propusieron defender una acción libremente mancomunada y federativa entre

(52) «La “España Mayor”», *El Imparcial*, 17-IV-1915, p. 1.

(53) ANDRENIÓ: «Portugal y España», *Nuevo Mundo*, 5-VI-1915, p. 5.

(54) «Política peninsular. España y Portugal», *El Luchador. Diario Republicano*, 23-III-1916, p. 1.

(55) «Ojeadas al porvenir. La armonía ibérica», *El Imparcial*, 22-III-1917, p. 1.

las dos naciones que debía sustituir al caducado iberismo representado por Vázquez de Mella y sus seguidores, que había llegado a ser denunciado incluso por el periódico datista *La Época* (56). Como expresó un diario republicano de Alicante, se trataba de delimitar quiénes eran los que defendían y anhelaban «el verdadero iberismo» (57).

Uno de los más destacados defensores de esta conjunción entre iberismo y aliadofilismo fue Miguel de Unamuno, quien manifestó su rechazo a la *Kultur* alemana y detectó que la sociedad española se había dividido en dos sectores, los germanófilos y los francófilos, que, en su interior, constituían dos ortodoxias que representaban la vieja tensión entre las dos Españas. Desde su punto de vista, la guerra podía tener virtudes purificadoras y regeneradoras, aparecía como una instancia nueva que podía llevar a España a una rotunda corrección de la mediocridad y la pérdida de sentimiento nacional (58). Desde su juventud, Unamuno había manifestado un interés particular por Portugal que le había llegado a afirmar, en clave organicista, «tanto me duele España, como podía dolerme Portugal, como podía dolerme el corazón o la cabeza». Este interés se había visto reflejado en sus prolongadas relaciones con el mundo intelectual portugués, que habían dado lugar, a su vez, a una serie de ensayos que habían sido reunidos en *Por tierras de Portugal y de España* (1911). No obstante, a pesar de que escribió cerca de cincuenta artículos sobre las relaciones entre ambas naciones, no expuso de manera sistemática una concepción política del iberismo (59). Su posición, expresada especialmente en dos textos de 1917, estuvo centrada en la denuncia de aquellos sectores germanófilos españoles que esperaban el triunfo de las potencias centrales para acometer la anexión de Portugal. De hecho, el suyo fue una especie de «iberismo espiritual» que no se decantó ni por la conquista ni por la federación ibérica. Fue una especie de entente, una comunión espiritual, que incluía en la idea de Hispanidad al país vecino (60).

Desde la dirección de *España*, Luis Araquistain afirmó que la entrada de Portugal en la guerra había puesto de relieve otra vez el iberismo y había hecho evidente que los «brutalistas», aquellos que proponían realizar la unión «según el método prusiano de la fuerza», se habían convertido en un sector minoritario. Se trataba entonces de consumir «el entendimiento, el afecto y el mutuo interés». «A estas actividades, cancha libre», concluyó (61). Unos meses más tarde, el socialista Antoni Fabra i Ribas volvió sobre el tema con un largo artículo en el que exhibió unas impresiones altamente positivas tras su reciente viaje a

(56) «Iberismo», *La Época*, 8-IV-1915, p. 1. Sobre la propaganda francesa: GONZÁLEZ CALLEJA y AUBERT (2014): 225-265 (especialmente, p. 231).

(57) «El verdadero iberismo», *El Luchador. Diario Republicano*, 4-IV-1917, p. 1.

(58) UNAMUNO, M. DE: «¡Venga la guerra!», *Nuevo Mundo*, 19-IX-1914, p. 5.

(59) FERREIRA (2002).

(60) DE DIOS (2007).

(61) «Puntos de vista», *España*, 23 de marzo de 1916, pp. 4-5.

Portugal en una misión que había tenido como objetivo «recoger impresiones que pudieran interesar al público francés». Allí había detectado una clara disposición hacia el entendimiento entre ambas naciones que se había expresado en las palabras del presidente Bernardino Machado y el ministro de Guerra, Norton de Mattos. En este texto, sin embargo, Fabra no podía dejar de recordar la tensión que provocaban en Portugal las ideas de Vázquez de Mella y las campañas anexionistas de los periódicos germanófilos españoles. Algunas semanas después, el catalán Josep Carner se vio obligado a comentar algunos aspectos de este artículo. No podía compartir la falta de definición de Fabra ni cómo llegaba a afirmar la potencialidad portuguesa proyectada por la entrada en la guerra al tiempo que se contentaba con una neutralidad española que no dejaba de representar un símbolo más de su decadencia. El peligro, aún lejano desde su perspectiva, era que Portugal llegara a plantearse la anexión de España. En este marco, recordaba que una verdadera perspectiva regeneradora era la que había propuesto la Lliga Regionalista con su manifiesto «Por Cataluña y la España grande», una propuesta que había tenido como objetivo la constitución de un «imperio peninsular de Iberia» que había de ser «el punto de partida de una nueva participación» no violenta en el «imperio del mundo». Era la expresión de la voluntad de crear «un ideal colectivo, el sentimiento de hermandad, un vínculo familiar entre los pueblos ibéricos» (62).

Esta relación entre el catalanismo y el iberismo no era casual. De hecho, los planteamientos iberistas tenían en Cataluña unos precedentes en el siglo anterior que se habían resignificado con la entrada en la nueva centuria (63). Si a mediados del ochocientos la idea de Iberia había sido asociada al liberalismo, el federalismo y la modernidad, con el fin de siglo el misticismo catalanista y la idea de las nacionalidades, había ganado el centro de la escena. Así lo habían mostrado Antoni Rubió i Lluch y Joan Maragall, este último con su conocido *Himne Ibèric* de 1906. Iberia era para el discurso del nacionalismo catalán en construcción una pieza fundamental de la regeneración-recomposición de España y Europa a partir de tres bloques nacionales —el galaico-portugués, el castellano y el catalán o pancatalán—, con su correspondiente trasfondo cultural y lingüístico. Ignasi Ribera i Rovira, director de *El Poble Català* a partir de 1916, había sido uno de los más claros exponentes de este pensamiento y había publicado diversas obras, entre las cuales había destacado especialmente *Iberisme* (1907), que había sido prologado por Cases Carbó, Joan Maragall y Teófilo Braga (64).

Como parte de este impulso iberista se fundó en abril de 1915 el semanario *Iberia*, una de las principales publicaciones de la aliadofilia española y la más

(62) FABRA RIBAS, A.: «España y Portugal», *España*, 17-VIII-1916, pp. 6-7; CARNER, J.: «Interioridades peninsulares», *España*, 21-IX-1916, p. 13.

(63) NÚÑEZ SEIXAS (2013).

(64) DÍAZ FOUQUES (2000); DUMITRESCU y VIEIRA (2000).

importante del ámbito catalán. Impulsada por sectores de la izquierda catalanista y de la antigua Unió Catalanista, resulta fundamental para entender algunas proyecciones del iberismo catalán y sus conexiones con el ambiente aliadófilo español. Su primer número, publicado el 10 de abril de 1915, se iniciaba con un artículo firmado por Miguel de Unamuno en el que manifestaba la importancia de un «común espíritu ibérico» que partiese del reconocimiento de la pluralidad de las lenguas y culturas de sus pueblos. En una tradición iberista y federalizante enraizada en el pensamiento de Joan Maragall afirmaba su rotunda aliadofilia,

«*Iberia* se abandera por Francia y por Inglaterra, contra Alemania, pero sin hacer dejación de su alma. Una nación de halcones ha salido a la caza de pueblos. (...) Estamos, pues, en los días justos para llenarnos nosotros mismos y echar en la actual exaltación de pueblos, nuestra personalidad, la de estos tres núcleos espirituales que tienen en el catalán, el castellano y el portugués su expresión, evocando el viejo y ardiente nombre de *Iberia*».

El carácter combativo y militante de este semanario dirigido por Claudi Ametlla tuvo en la defensa aliada con la causa catalanista una de sus características fundamentales (65). Su planteamiento iberista llegó a ser compatible con otras geografías míticas en las cuales se fundaba una parte del catalanismo político: el provenzalismo o, desde una perspectiva más amplia, el latinismo. Todo ello enmarcado en una perspectiva federalizante. Así se observaba en los artículos de Romà Jori sobre las relaciones entre Cataluña y la Provenza y Sebastiao de Magalhaes, ambos publicados en su primer número. Esto no era casual ya que Antoni Rovira i Virgili, el principal ideólogo del semanario desde su columna «Ideari de la guerra», pensaba que el conflicto que tenía lugar en Europa era básicamente una disputa entre los partidarios de los Imperios Centrales, detractores del principio de las nacionalidades, y Francia e Inglaterra, sus defensores (66).

En este contexto catalán debe interpretarse el giro iberista de la Lliga Regionalista de marzo de 1916. El cambio no fue tan repentino. De hecho, el 4 de mayo de 1911 *La Veu de Catalunya* había publicado un texto atribuido a Enric Prat de la Riba en el que se afirmaba que Portugal era un «país apagado» y «demasiado semejante» a España. Ante esta situación, el ideal iberista podía ser una salvación tanto para Portugal como para Cataluña, una oportunidad para superar lastres seculares, «Hemos de estrechar nuestros lazos con Portugal, para salvarlo junto con nosotros, para convertir en pareja amorosa lo que ahora es un cadáver que nos contamina» (67). En este marco, evidentemente, Cataluña era la fuerza que debía liderar el nuevo iberismo.

(65) «Declaración», *Iberia*, 10-IV-1915, p. 3; UNAMUNO, M. DE: «Iberia», *Iberia*, 10-IV-1915, p. 3; AMETLLA (1963): 345-352.

(66) Véanse «Ideari de la guerra. França, nació», *Iberia*, 15-V-1915, p. 8; «Ideari de la guerra. El federalisme alemany», *Iberia*, 1-V-1915, pp. 8-9; «Ideari de la guerra. L'unitarisme francès», *Iberia*, 8-V-1915, p. 9.

(67) Citado en UCELAY DA CAL (2003): 678-679.

Las dos peticiones más importantes de los sectores industriales barceloneses desde el comienzo de la guerra, la declaración de Barcelona como puerto franco y las subvenciones a la exportación, no habían encontrado más que tácticas dilatorias por parte del gobierno de Dato. Todo se complicó aún más con la llegada al poder de Romanones, ya que los liberales representaban el sector dinástico más claramente identificado con los intereses agrarios castellanos y el centralismo español. En este contexto, que se enmarcaba, a su vez, en el de una guerra europea que parecía presagiar un triunfo alemán, la Lliga Regionalista lanzó una ofensiva «Per Catalunya i l'Espanya gran» el 18 de marzo de 1916. Este fue el título de un manifiesto redactado por Prat de la Riba que tuvo como propósito formular las bases de una nueva política regionalista de lanzamiento hacia una nueva constitución de España a la luz de un ideal colectivo, imperialista e iberista, con la federación como sistema de organización territorial,

«Es així com aqueixa Espanya menor d'ara pot devenir una Espanya gran, una Iberia renaixent, i pot aspirar en la nova constitució internacional a destinacions més esplendoroses, a aglutinar l'estol de pobles americans fills de Castella i Portugal, ajudant-los a salvar-se del gran perill que els amenaça: el perill d'ésser absorvits, cultural, econòmica i políticament, pel gran Estat que va abassegant avui tota la riquesa d'Europa i es prepara per heretar-ne la força d'imperi; la hegemonia mundial» (68).

Se trataba de poner en marcha una «nueva idealidad» de acuerdo con Portugal, una nueva «Iberia imperial». Como sostuvo Ucelay, era una manera de forzar la regionalización de España en una perspectiva regeneradora y federalista (69). La radicalización y el enfrentamiento del catalanismo regionalista con los gobiernos dinásticos fue uno de los elementos que acabó conduciendo a la Asamblea de Parlamentarios del verano de 1917. En este proceso, la revista *España* y sus intelectuales no dudaron en apoyar la perspectiva catalana (70).

Como parte de la relación establecida entre los diferentes sectores de la aliadofilia española y los proyectos «liberales» iberistas, el 19 de febrero de 1917 *El Imparcial* emprendió una campaña-encuesta titulada «La Armonía Ibérica». La campaña se prolongó durante cerca de cinco meses. Su objetivo era concienciar a las sociedades de ambos países sobre la bondad de una aproximación entre ambas naciones. Así lo expresó Félix Lorenzo, su director, en la primera de las entregas que aparecieron:

«Primero. En vísperas de la recomposición del mundo es necesario que la Península Ibérica se muestre con toda su fuerza territorial. Segundo. Hay en la Península dos nacionalidades distintas pero perfectamente armonizables en la integridad de su organización política. Tercero. La unión aduanera y la absoluta concordancia

(68) «Els parlamentaris regionalistes al País. Per Catalunya i l'Espanya Gran», *La Veu de Catalunya* (edición vespertina), 18-III-1916, p. 3.

(69) UCELAY DA CAL (2003): 730-731.

(70) FUENTES CODERA (2014b).

económica son los elementos primordiales y necesarios para llegar a una alianza político-militar, que haga de este extremo de Europa el centro de la unión latina o del acuerdo occidental» (71).

Desde unas ideas similares a las de Sánchez de Toca, se pretendía promover una reconciliación entre ambos países que tenía claramente una intencionalidad política de crítica al gobierno. Numerosas personalidades españolas y portuguesas participaron de la encuesta: los directores de los principales periódicos de Madrid y Lisboa, políticos como el propio conde de Romanones, Eduardo Dato o Alfonso Costa, intelectuales como el citado Araquistain, Gabriel Alomar, Rafael de Labra, Salvador de Madariaga, los rectores de las universidades de Madrid y Oporto. Como parte de esta campaña a primeros de mayo llegó a Sevilla una delegación de intelectuales portugueses liderada por el rector de la universidad de Oporto, Francisco Gómez Teixeira, que contó con la presencia de Alfonso XIII en uno de los actos principales (72).

Los germanófilos españoles, por su parte, aplaudieron la campaña ya que pensaron que la «armonización» ibérica podría ser un peldaño en el camino hacia el ideal federalista. Evaristo Romero, entonces director de *La Correspondencia Militar*, defendió la necesidad de un mayor conocimiento entre ambas naciones y sostuvo que jamás había oído a un español «un pensamiento atentatorio a la libertad nacional portuguesa». Salvador Cánovas Cervantes, director de *La Tribuna*, afirmó que «Portugal y España deben empezar por conocerse y, pasando primero por una alianza, llegar más tarde a una completa unión». Desde su perspectiva, se había de luchar por «el ideal de Pi y Margall de constituir en la Península los Estados Unidos Ibéricos» para romper así con el sistema centralista que había detenido el desarrollo de España (73). Algo parecido declaraba el marqués de Polavieja, director de *La Nación*, el 30 de marzo. Sin embargo, más allá de esta plataforma de posible entendimiento en la designación del objetivo peninsularista y de la aspiración de una unidad en la divergencia, la identidad de propósitos se esfumaba en el procedimiento para lograr estos cometidos: no habían desaparecido las diferencias que existían entre los sectores que dominaban ideológica y políticamente los bloques germanófilo y aliadófilo. Finalmente, la fiebre de la armonía ibérica acabó por extinguirse con la salida de Romanones del gobierno al calor de la presión alemana y la posterior crisis del verano.

En el contexto de una guerra que parecía aproximarse a su final, la difusión del programa de los catorce puntos del presidente americano Woodrow

(71) LORENZO, F.: «Ojeadas al porvenir. La armonía ibérica. España y Portugal solo necesitan una cosa para amarse: conocerse», *El Imparcial*, 19-II-1917, p. 1. Como recogía el periódico el 11 de febrero, a finales de enero Lorenzo había viajado a Lisboa para inaugurar allí una sucursal de *El Imparcial*.

(72) «Nuestra campaña. La armonía ibérica. Los intelectuales portugueses en Sevilla», *El Imparcial*, 6-V-1917, p. 1.

(73) Ambos documentos en *El Imparcial*, 28-III-1917, pp. 1-2.

Wilson en enero de 1918 abrió la puerta a una nueva recuperación del ideal iberista desde una perspectiva ciertamente renovada. Esto se observó especialmente en Cataluña, donde apareció una revista titulada *Messidor*, cuyo ideario mostraba puntos de contacto con unas ideas que el semanario *Iberia* había ido abandonando al calor de una creciente radicalización de su franco-filia:

«La depuració i la lliure evolució de la personalitat catalana, com la de tots els pobles que sentin plenament la llur personalitat propia; la realització de l'ideal federatiu de l'Iberisme que inspirà el poeta Maragall; i en fi, l'obtenció de la major harmonització possible amb els pobles mes afins, i amb l'Humanitat tota, germana nostra laborant així per l'adveniment de la cultura universal, de la veritable civilització qui serà fonamentada en el codic de la Societat de les Nacions, llar d'unió entre tots els pobles de la Terra» (74).

La revista se apoyaba sobre tres líneas centrales: la reivindicación nacional catalana expresada en términos de una autonomía regional, la referencia filosófica y literaria al iberismo, y la defensa de la reunión de los pueblos «civilizados» en el marco de la Sociedad de Naciones (75). La perspectiva asumida por esta publicación dirigida por Pau M. Turull —que era, además, su fuente de financiación casi exclusiva— era socialreformista, se referenciaba en el pacifismo liberal del movimiento pro Sociedad de Naciones europeo y asumía también una perspectiva nacionalista que creía ver en el triunfo de los aliados un primer paso hacia la autonomía de Cataluña. Tal como expresaban diferentes sectores que simpatizaban con el wilsonismo, mostraba que su proyecto de expansión internacional había de realizarse desde una Cataluña que debía liderar una tendencia hacia la federación de las naciones ibéricas (Portugal y Galicia, País Vasco, Castilla y Cataluña). Desde su punto de vista, el objetivo era atraer a Portugal hacia la Gran Iberia para conseguir un primer embrión federativo en la perspectiva de la Sociedad de Naciones. Así lo mostró en dos números publicados en marzo de 1918. Pero fue un deseo con una escasa capacidad de atracción. Solamente algunas figuras portuguesas, como fue el caso de Teófilo Braga, se hicieron eco de esta iniciativa (76).

Como sucedió con el galleguismo, con el triunfo de los aliados, las expectativas de muchos catalanistas se multiplicaron y el iberismo volvió a hacerse presente (77). La posibilidad de la aplicación del derecho de autodeterminación pareció abrir la puerta a la autonomía catalana y al establecimiento de un nuevo horizonte europeo. Así lo planteó *Els Amics d'Europa*, una discontinua y euro-peísta revista dirigida por Eugenio d'Ors, «*Aquella Catalunya mediterrània*,

(74) «Orientació», *Messidor*, I-1918, p. 1.

(75) RODÉS y UCELAY DA CAL (1984).

(76) BRAGA, T.: «Qué és l'iberisme?», *Messidor*, III-1918, pp. 64-66. Sobre esta revista y su contexto general, véase NÚÑEZ SEIXAS (2010): 63-75.

(77) Sobre el galleguismo: BERAMENDI (2007); NÚÑEZ SEIXAS (1993).

*germana de la Provença, aquella terra de la llibertat, aquella federació enemiga de l'esclavitud dels pobles que s'alça avui a renovar l'Espanya decaiguda, amb el somni d'una nova Ibèria, i amb el somni més vast d'una lliure Federació de les Nacions d'Europa» (78). Estas ideas no estaban lejos de las que había afirmado el germanófilo Manuel de Montoliu ni del planteamiento general del manifiesto regionalista por la «Espanya gran». Esta aspiración nacional se complementó con una iniciativa de la Unió Catalanista, que intentó hacer llegar a la conferencia de Versalles un memorándum de defensa de los derechos nacionales de Cataluña articulado desde una perspectiva confederal e ibérica. Los destinatarios de este texto fueron Alfonso Costa, delegado portugués en la conferencia, y Leonardo Coimbra, ministro de Instrucción Pública. Pero el documento no llegó a ser presentado en París y la diplomacia portuguesa se limitó a enseñarlo a sus colegas españoles (79). En los años posteriores, la perspectiva iberista quedaría en manos de Francesc Cambó y, especialmente, en las de su colaborador predilecto, Joan Estelrich, quien entre noviembre de 1919 y enero del año siguiente publicó en *Messidor* un artículo titulado «Escandinàvia i Ibèria. Paral·lelismes polítics», donde pretendió mostrar la existencia de unos rasgos compartidos entre ambas geografías que le sirvió a proyectar el caso catalán-iberista en un marco europeo.*

5. CONCLUSIONES

La proyección del iberismo español, que había tenido un largo desarrollo anclado en el siglo anterior, encontró en el estallido de la Gran Guerra una ocasión para ser reformulado en estrecha relación con dos elementos, el desarrollo del conflicto europeo y la construcción de unos renovados discursos nacionalistas. Ambos elementos condicionaron las tomas de posición asumidas por los grupos políticos y los intelectuales que se propusieron (re)iniciar un proceso de regeneración nacional.

En relación con el primer aspecto, las relaciones internacionales y sobre todo la construcción de las imágenes que se proyectaron de ellas en Portugal y España fueron centrales. En este sentido, las potenciales amenazas sobre uno y otro país fueron componentes centrales de las propagandas y los planteamientos que ocuparon miles de páginas de periódicos, revistas y libros y acabaron por dificultar todos los intentos de acercamiento. Evidentemente, la entrada en guerra de Portugal, la presencia del imperialismo inglés y de la Francia republicana, a lo que sumaba el peligro de la pujante Alemania, constituyeron elementos capitales. Además, desde la perspectiva portuguesa, *iberismo* siempre implicó la pérdida de la independencia y la subordinación a un poder extranjero, mien-

(78) NAVINÉS, M.: «El triomf», *Els Amics d'Europa*, 1919, p. 3.

(79) NÚÑEZ SEIXAS (2010): 79.

tras que en español el significado tuvo una connotación positiva y de amistad hacia el país vecino (80).

El desarrollo de la guerra marcó el devenir del iberismo español. Como hemos visto, el iberismo germanófilo tuvo su máximo apogeo en los últimos meses de 1914 y los primeros del año siguiente. Sin embargo, con la llegada de Romanones al gobierno acabó por imponerse un iberismo «liberal», según lo definió Luis Araquistain. En esta etapa, la presencia de los intelectuales catalanes asumió una considerable relevancia. Lo propio puede decirse de sectores liberales expresados en *El Imparcial*. Sin embargo, toda la fiebre de la armonía ibérica acabó por extinguirse en junio de 1917 con la explosión de la crisis después de la salida de Romanones del gobierno. La llegada de la dictadura de Sidónio Pais en diciembre acabó por cerrar el círculo.

En este proceso, el iberismo se convirtió en un campo de disputa que se enmarcó en la dura batalla planteada entre los bloques germanófilo y aliadófilo. Al calor del impacto del conflicto europeo acabó por configurarse un escenario excluyente que se articuló en torno a la defensa de la neutralidad y el cuestionamiento de los sucesivos gobiernos y finalmente del propio sistema de la Restauración, tal como mostró la revista *España* bajo la dirección de Araquistain. En este marco, los aliadófilos argumentaron con insistencia que el iberismo germanófilo no era más que una argucia discursiva para esconder que su verdadero proyecto –atávico, conquistador e imperialista– era el mismo que a nivel mundial propugnaba Alemania. Su propuesta, enmarcada en unos ideales de armonía y federación, asumía los valores democráticos representados por los aliados y tenía como símbolos la fraternidad y la libertad de las pequeñas nacionalidades. Esto se observó no solamente en los periódicos y revistas más importantes. También lo mostraron también algunas publicaciones locales que, desde una perspectiva republicana y federalista, sostuvieron un planteamiento simultáneamente nacionalista e iberista como solución para el «plet» catalán; «*dona-da la situació regimental de la política espanyola, la única solució que veiem es que Catalunya ajudi, amb les demés nacionalitats ibèriques, en l'implantació d'una república federal*», afirmó un periódico de Figueres en los momentos finales de la guerra (81).

El iberismo fue tanto un terreno de disputa entre aliadófilos y germanófilos como un espacio con elementos compartidos entre ambos bloques (que internamente tampoco eran tan homogéneos como se suponía). Esta falta de homogeneidad se observó con claridad en los últimos meses de la contienda. La política asumida por Francesc Cambó después de la crisis de 1917 –expresada en la participación de los ministros catalanes Felip Rodés y Joan Ventosa en el gobierno de García Prieto y la entrada del propio líder catalán en el posterior gobierno de concentración de Maura– fue lastrando toda la potencialidad rege-

(80) RIVERO (2010); agradezco la referencia a la profesora Ángeles González.

(81) DESCLOT, J.: «Aspectes. Els dotze mil de la legió», *Empordà Federal*, 9-XI-1918, p. 1.

neradora y reformista de sus planteamientos iberistas. De hecho, una parte de los intelectuales españoles que estuvieron en la primera fila de la alianza entre la defensa de los aliados y la crítica al sistema restauracionista, comenzó a afirmar que el iberismo regionalista no era más que una estrategia para impedir que las provincias catalanas fuesen «castellanizadas». Como explicó Miguel de Unamuno, el proyecto de la «España grande» de muchos de los más destacados intelectuales aliadófilos no tenía nada que ver con las ideas cambonianas, que fueron identificadas simplemente como «iberistas». «Nuestra España Grande no es Iberia, no es la Península Ibérica, sino que es todos los pueblos de lengua española, en Europa, en América y hasta en África y Oceanía», escribió el escritor vasco en 1919 (82). En realidad, lo que se estaba discutiendo era por dónde debía pasar el eje de la construcción del discurso nacionalista y regenerador español y, en este punto, las divergencias no eran secundarias. De hecho, esta había sido una de las cuestiones centrales durante toda la guerra. En última instancia, las diferencias entre Cambó y Unamuno expresaban las diferentes derivaciones asumidas por la cuestión del iberismo en una posguerra fuertemente marcada por la evolución ideológica de los años previos. Durante la Gran Guerra se había observado un creciente interés entre germanófilos y aliadófilos por potenciar los diversos pensamientos iberistas en clave americana. La cuestión del iberoamericanismo sería fundamental en una parte considerable de los discursos nacionalistas de los años venideros.

6. BIBLIOGRAFÍA

- ALCALÁ GALIANO, ÁLVARO (1916): *España ante el conflicto europeo, 1914-1915*, Madrid.
- AMETLLA, CLAUDI (1963): *Memòries polítiques. 1890-1917*, Barcelona, Pòrtic.
- ANDRÉ, ELOY LUIS (1916): *La cultura alemana*, Madrid, Daniel Jorro.
- ANTÓN DE OLMET, LUIS (1912): *Nuestro abrazo a Portugal. Catecismo de la raza*, Madrid, Imprenta de alrededor del mundo.
- ARCHILÉS CARDONA, FERRÁN (2013): «¿Ni Imperio ni imperialismo? El imaginario nacional español y el imperialismo africanista en la España de la Restauración (c. 1880-c. 1909)», en ARCHILÉS, FERRÁN, GARCÍA CARRIÓN, MARTA y SAZ, ISMAEL (eds.): *Nación y nacionalización. Una perspectiva europea comparada*, Valencia, PUV, pp. 201-223.
- BERAMENDI, JUSTO (2007): *Galicia, de provincia a nación. Historia do galeguismo político*, Vigo, Xerais.
- CAMPOS MATOS, SERGIO (2007): «Conceitos de iberismo em Portugal», *Revista de História das Ideias*, n.º 31, pp. 169-193.

(82) UNAMUNO, M. DE: «La única España Grande y Cambó el reconquistador», *España*, 12-VI-1919, p. 6.

- DE DIOS, ÁNGEL MARCOS (2007): «Unamuno, paradigma de las relaciones entre España y Portugal», en DE DIOS, ÁNGEL MARCOS (ed.): *Aula Ibérica*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 19-32.
- DE LA TORRE GÓMEZ, HIPÓLITO (1980): *Na encruzilhada da Gran Guerra. Portugal-Espanha 1913-1919*, Lisboa, Estampa.
- (1983): *Antagonismo y fractura peninsular. España-Portugal 1910-1919*, Madrid, Espasa Calpe.
- (1991): «Portugal y España ante el horizonte europeo en la crisis del cambio de siglo (1890-1919)», en DE LA TORRE GÓMEZ, HIPÓLITO: *Portugal, España y Europa. Cien años de desafíos (1890-1990)*, Mérida, UNED – Centro Regional de Extremadura.
- (2000): «La crisis del liberalismo (1890-1939)», *Ayer*, n.º 37, pp. 97-124.
- DIAS SANTOS, MIGUEL (2010): *A Contra-Revolução na I República*, Lisboa, Universidade de Coimbra.
- DÍAZ FOUCES, ÓSCAR (2000): «Traduzir e comunicar: Ignasi Ribera i Rovira, una ponte entre Portugal e Catalunya», *Traducción & Comunicación*, n.º 1, pp. 7-34.
- DUARTE, ÁNGEL (2010): «La península inacabada. Notas abiertas para una aproximación catalana a Iberia», *Revista de História das Ideias*, n.º 31, pp. 269-298.
- DUMITRESCU, DOMNITA y VIEIRA, DAVID (2000): «The Catalana Lusophile Ignasi Ribera i Rovira», *Hispania*, n.º 83 (2), pp. 321-323.
- FERRÉ, XAVIER (2005): *De la nació cultural a la nació política. La ideologia nacional d'Antoni Rovira i Virgili*, Catarroja, Afers.
- FERREIRA, ANTÓNIO BARTOLOMEU JÁCOMO (2002): *El «iberismo filosófico» en la perspectiva de Miguel de Unamuno*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca.
- FUENTES CODERA, MAXIMILIANO (2009): «La particular dimensión europea de Eugeni d'Ors durante la Primera Guerra mundial», *Ayer*, n.º 76, pp. 209-243.
- (2013): «Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)», *Ayer*, n.º 91, pp. 63-92.
- (2014a): *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal.
- (2014b): «Cataluña en la *Espanya gran*: la proyección del catalanismo regionalista en el reformismo intelectual español (1906-1923)», en ARCHILÉS, FERRÁN y SAZ, ISMAEL: *Naciones y Estado. La cuestión española*, Valencia, PUV, pp. 107-130.
- GARCÍA SANZ, FERNANDO (2014): *España en la Gran Guerra. Espías, diplomaticos y traficantes*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- GAY, VICENTE (1908): *El regionalismo en la constitución de los Estados modernos. Discurso pronunciado en el Círculo Liberal de Valladolid el día 25 de marzo de 1908*, Valladolid, Imprenta Castellana.
- (1915): *El imperialismo y la Guerra Europea. Los principios nacionalistas y el iberismo*, Madrid, Francisco Beltrán.
- GONZÁLEZ BLANCO, EDMUNDO (1917): *Iberismo y germanismo. España ante el conflicto europeo (Tres estudios)*, Valencia, Editorial Cervantes.
- GONZÁLEZ CALLEJA, EDUARDO y AUBERT, PAUL (2014): *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial 1914-1919*, Madrid, Alianza.

- JULIÁ, SANTOS (2014): *Nosotros, los abajos firmantes. Una historia de España a través de manifiestos y protestas (1896-2013)*, Madrid, Galaxia Gutenberg.
- MARTELL LINARES, MIGUEL (2011): «“No fue aquello solamente una guerra, fue una revolución”»: España y la Primera Guerra Mundial», *Historia y Política*, n.º 26, pp. 17-45.
- MORALES MOYA, ANTONIO, FUSI AIZPURÚA, JUAN PABLO y DE BLAS GUERRERO, ANDRÉS (2013): *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ MANOEL (1993): «Portugal e o galleguismo até 1936. Algumas considerações históricas», *Penélope. Fazer e Defazer a História*, n.º 11, pp. 67-81.
- (2010): *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)*, Barcelona – Catarroja, PUV – Afers.
- (2013): «Iberia reborn: Portugal through the Lens of Catalan and Galician Nationalism (1850-1950)», en RESINA, JOAN RAMON: *Iberian modalities. A Relational Approach to the Study of Culture in the Iberian Peninsula*, Liverpool, Liverpool University Press.
- PIRES, ANA PAULA (2011): *Portugal e a I Guerra Mundial. A República e a economia de guerra*, Casal de Cambra, Caleidoscopio.
- RAFANELL, AUGUST (2006): *La il·lusió occitana I*, Barcelona, Quaderns Crema.
- (2011): *Notícies d'abans d'ahir. Llengua i cultures catalanes al segle XX*, Barcelona, A Contra Vent.
- RIVERO, ÁNGEL (2010): «España, Portugal y los falsos amigos», *Relaciones Internacionales*, n.º 13; en <http://www.relacionesinternacionales.info/ojs/article/view/195.html>.
- ROCAMORA, JOSÉ ANTONIO (1994): *El nacionalismo ibérico: 1732-1936*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- RODÉS, JESÚS y UCÉLAY DA CAL, ENRIC (1984): «“Els Amics d’Europa” i “Messidor”. Nacionalisme i internacionalisme», *L’Avenç*, n.º 69, pp. 62-72.
- ROMERO SALVADÓ, FRANCISCO (2002): *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica.
- SÁNCHEZ DE TOCA, JOAQUÍN (1915): *Políticas de neutralidad. Discurso del Presidente Excmo. Sr. D. Joaquín Sánchez de Toca en la sesión inaugural del curso 1915-1916, celebrada el día 9 de abril de 1915*, Madrid, Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.
- TEIXEIRA, NUNO SEVERIANO (1996): *O poder e a guerra, 1914-1919. Objectivos nacionais e estratégias políticas na entrada de Portugal na Grande Guerra*, Lisboa, Estampa.
- UCÉLAY-DA CAL, ENRIC (2003): *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó y D’Ors a la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa.
- VÁZQUEZ DE MELLA, JUAN (1915): *El ideal de España. Los tres dogmas nacionales*, Madrid, Imprenta Clásica Española.